

Tribuna altoaragonesa

Mudos testigos de los Porches

HAN caído derribados los arcos de los Porches, que cual nuevos claustros civiles se elevaron en su tiempo, cabe y sobre, el viejo convento franciscano. Bajo los claustros conventuales pasearon, pasando las cuentas del rosario o meditando, aquellos frailes franciscanos que cubrían sus cabezas con capuchas y ocultaban sus manos en las anchas mangas de sus pardos sayales.

Al abrigo de los nuevos arcos, como claustros laicos, dedicados al prohombre Vega Armijo, pasearon a su vez, los ancianos, los mozos y las mozas; aquéllos conversaban sobre tiempos pasados y aventuras amorosas, que renovaban simultáneamente los segundos, que en ocasiones se escapaban por parejas, al vecino parque. Los adultos entraban en El Flor, discutiendo de negocios, política, de guerras y de paces.

Bajo el suelo del bar estaban escuchando las conversaciones, yaciendo en decúbito súpino («resopinaus» decía un viejo de mi pueblo), aquellos franciscanos que otrora pasearan.

Coincidía la capilla lateral de la que fuera iglesia, donde los rumores de rezos se escucharon, con el espacio donde más tarde nosotros, acompañados de una copa o de un vaso, decíamos nuestras disparatadas o acertadas opiniones sobre los acontecimientos mundanales.

Aquellos muertos estaban bajo nuestros pies y al cerrarse la puerta y apagarse las luces del Bar Flor, comentaban en el silencio de la tumba y de la noche, la vanidad de nuestras vanidades. ¡Hoy ha venido el Rey!, decían unas veces, otras que el jefe del Estado; en ocasiones comentaban cómo aquel ministro que tanto había prometido en el Pa-

Ignacio ALMUDEVAR

lacio Provincial, tenía su cartera en peligro de perderla.

PASARON por sus calaveras todas las teorías políticas, el conservar de los conservadores, el progresar de progresistas y antes las softamas de los liberales y carlistas. Tal vez llegara hasta sus tumbas la humedad de lágrimas derramadas por cesantes y por viudas y huérfanos de las guerras. ¡Qué tristes sensaciones llegaban a sus huesos al percibir las ondas de la envidia, del afán de poder entre los políticos, del vicepresidente que aspiraba a robarle el escaño al presidente, de las promesas vanas a las gentes del pueblo, con el fin de conseguir sus votos!

Después de muertos se enteraron que el amor, de que ellos no gozaron, era una trampa que la Naturaleza preparaba a los hombres por perpetuar la especie y alcanzar beneficios materiales con las dotes. De sus dientes desnudos, al carecer de labios, no brotaban sonrisas pero les daban ganas de batir mandíbulas en ataque de risa, al escuchar de una mujer o un hombre, juramentos de amor, que hacían a diario a personas distintas.

Ha desaparecido la Diputación y con ella el Bar Flor y debajo en sus tumbas tumbados he conocido a dos frailes franciscanos. No llevaban cogulla, ni rosario; tampoco se notaban los vestigios de su modesto hábito reli-

gioso. Los contemplé desnudos frente al cielo, desnudos no sólo de sus ropas y sus carnes, sino también de toda vanidad y de ambiciones.

ERAN esqueletos con sus brazos cruzados como en vida los llevaron tantas veces, pero estaban como felices y contentos porque estaban bañados por la luz de la que tanto tiempo carecieron. Me acordé del poeta cuando dice: «Se ha de ver tu calavera al final de la jornada en las manos afiladas de un trapense o agustino y por donde hoy entran las locas alondras del pensamiento, por la fuerza del destino ha de entrar un día el viento. Memento». Entraba el viento en sus órbitas y estaban desprovistos de vanidades. Volví a verlos varias veces porque me resultaban simpáticos allí «resopinados». Eran mudos testigos de cuantas cosas pasaron y se dijeron en el centro de Huesca durante largos años y yo me los miraba. ¿Y me miraban? No lo sé. Las locas alondras del pensamiento entraban por mis ojos y el viento por sus órbitas y pensé que todo muere; miserere de carlistas, liberales... presidentes, diputados, generales y soldados.

Fui hace poco a saludarlos y la joven arqueóloga que grácilmente se movía investigando por las zanjas, los había recogido en sendas bolsas de plástico. Aquellos armazones de huesos tan armoniosos que fueran en sus tumbas, se habían convertido en acumulos óseos informes, cerrados en bolsas. La joven que respetuosamente los había recogido, me dio la sensación de que lo sentía, pero era necesario cumplir con su deber. Sonrió y tenía unos hermosos labios. Di gracias a Dios.

Opinión propia

El Festival

Desde ayer el Festival Folklórico de los Pirineos cuenta con un soporte jurídico especialmente establecido para este acontecimiento: un patronato. De esta forma el festival que nació el año 1962 al amparo del Centro de Iniciativas Turísticas de la Jacetania y que posteriormente quedó bajo la órbita municipal hasta la última edición, pasa a depender de un patronato del que forma parte un representante del Ministerio de Cultura, con lo que se le reconoce su trascendencia e importancia dentro del ámbito nacional. A partir de ahora el Gobierno colaborará en el desarrollo y promoción del Festival de los Pirineos.

Antes de este reconocimiento oficial esta muestra jacetana ha sido ya destacada por diversos organismos internacionales, entre ellos la UNESCO que puso como ejemplo de festival este de los Pirineos. El encuentro de culturas y tradiciones de diversos países del mundo dentro de un clima de amistad y convivencia, unido al contacto con el público que llena durante esos días las calles de Jaca han sido factores determinantes dentro de la filosofía que la UNESCO intenta promover con estos encuentros de hermandad, por encima de todo matiz político, étnico o religioso.

En unos momentos en que se habla de campañas de promoción del Alto Aragón y de la necesidad de promocionar las posibilidades turísticas de nuestro Pirineo, es este festival jacetano una muestra anticipada de tales pretensiones. Cada dos años durante el primer fin de semana de agosto, la ciudad de Jaca es centro mundial del folklore, punto de encuentro de culturas y tradiciones y manifestación viva de convivencia. Gracias a la televisión, presente siempre en las sesiones del festival, todos los españoles saben y conocen estas cualidades de la capital de la Jacetania. Algo que se ha ganado esta ciudad altoaragonesa a base del trabajo y la ilusión de sus habitantes.



Cartas

«La hora del bocadillo»

Por tratarse de un asunto que nos afecta a todos los ciudadanos que alguna vez debemos acudir a la clásica «ventanilla» de la Administración y tropezamos con el poco celo profesional de algunos funcionarios y por ser el señor gobernador civil la máxima autoridad representante de la Administración pública en la provincia, le agradeceré publique en su periódico la siguiente carta abierta al señor gobernador civil de Huesca:

El pasado día 16 de abril, como otras muchas personas precisé de los servicios del Negociado de Pasaportes de la Comisaría de esta capital, eran las 11,10 de la mañana y en aquel departamento no había ningún funcionario que lo atendiese, el tiempo transcurría y el público iba aumentando sin que los funcionarios regresaran de su «tiempo de bocadillo» que sabemos por testigos presenciales había comenzado a las 10,50 horas. Los minutos pasaban, parte de los contribuyentes que allí estábamos se iban desesperados, los que nos quedábamos, estábamos más desesperados si cabe, pues los 20 minutos de que disponen los funcionarios para desayunar se convirtieron en una hora, sí, sr. gobernador, exactamente 68 minutos, pues los funcionarios de ese servicio volvieron a las 11,58 horas. Y mientras tanto un departamento de servicio al público sin servicio porque sus funcionarios tienen que salir a tomar café.

No intento condenar a los funcionarios a que se queden sin almorzar, no, pero tratándose de un servicio de atención al público, 1.º, deberían es-

Todos los escritos remitidos a esta sección deberán tener una extensión máxima de un folio mecanografiado a doble espacio firmados y con el número del D.N.I. Nueva España, «EL PERIODICO DE HUESCA» se reserva el derecho de resumir o extractar aquellas cartas que no se ajusten al anterior apartado. No se devolverán los originales publicados, ni se mantendrá correspondencia con sus autores.

tablecer turnos para no desatenderlo, pues aunque sus compañeros de otros departamentos puedan atender a éste, lo lógico es que no van a abandonar su trabajo para hacer el de los demás, y 2.º, si el tiempo de que disponen los funcionarios para almor-

zar es de 20 minutos, no debe tomarse nadie una hora, pues si todos actuásemos así, ¿dónde vamos a llegar? Y si estas personas no tienen un superior que las controle ya que por ellas mismas vemos que no cumplen con su horario, Vd., nos dirá.

Adjunto las firmas de las personas que aguantamos estoicamente la espera de la «hora del bocadillo» y nunca mejor dicho lo de «hora». Hubo otros, al menos 6 u 8 que no fueron capaces de esperar tanto y se fueron pero los firmantes podemos testificar lo expuesto.

Sin otro particular le saluda atentamente.

M.ª Angeles OCHE
Y cuatro firmas más

La clase política El Chandrío

ES absolutamente impecable, imprescindible necesario y rigurosamente cierto, que, para hacer cosas inteligentes, hace falta inteligencia. Luego, hace falta también, que ésta se pueda mover con libertad y que además, sepa hacerlo. Porque si la inteligencia «supuesta» falla en cualquiera de estos dos factores llamados «poder y saber», será, porque de hecho, no era todo lo inteligente que en principio se le supuso que era.

Políticamente hablando, y en este caso la derecha española, está más que convencida de creerse muy inteligente; más que nadie quizá. En contra-posición a esa autocreencia, está demostrando ser incapaz de organizar debidamente sus propias bases pese a saber la necesidad que tiene de poseer una estructura sólida y convincente. ¿Será que no saben cuáles son sus propias necesidades? ¿Será que no pueden saberlo? ¿No son entonces lo capaces que se creen ni están en posesión real de esa inteligencia que con tanta generosidad a sí mismos se atribuyen?

Yo, que tal vez pequé de iluso, pienso que sí: que inteligencia hay en la derecha. Y mucha. Pero noto con tristeza que a esa inteligencia le falta «concepción de la libertad» y «capacidad de reconocimiento» para valorar la competencia ajena. La carencia de estos dos determinantes factores que un partido político necesita llevar consigo para inspirar credibilidad, se va notando más, en tanto y cuanto más se aleja del núcleo central de dirección. Así tenemos que, a niveles de juntas locales —que es desde donde un partido inicia su fuerza—, «la concepción de la libertad» y la «capacidad de reconocimiento», brillan por su ausencia, sustituyéndose por «intereses personales» que terminan por acondicionar a ellos todo el funcionamiento del partido. Se llega a extremos

tan demenciales en virtud de la defensa de estas directrices personalísticas, que la meta a buscar, a conseguir; parece antes que ninguna otra cosa, fuera la «torpeza»; y cuanto mayor, mejor.

Mientras todo esto pasa a niveles direccionales y en el grado y proporción antes mencionado —respecto a la lejanía que una determinada junta se halle del núcleo central del partido—, los seguidores del partido que sea, que no las tienen todas consigo, tratan por todos los medios de cómo autosugestionarse para vencerse de que por fin sí. Sí que van a ganar. Pero al mirar serenamente al espectro de su entorno y ver que a la realidad no hay manera de «autosugestionarla» con arreglo a sus deseos y sentimientos, la voluntad tiembla; y la confianza, de tal manera impuesta, decae, se aleja de sus ilusiones; quedando todo en una especie de sueño que se va disipando en la medida que el «hecho» creído inteligente se va descubriendo y por lo mismo, adquiriendo la auténtica personalidad que en el fondo tenía: la de la consabida chapuza de siempre.

El chandrío que la falta de «libertad conceptual» y de «capacidad de reconocimiento» ha creado con inteligencia, hace que emerja por encima de razonamientos y excusas posteriores al fracaso, el chanchullo que tras y bajo todo el proyecto había; y con él flotando sobre ilusiones y sentimientos, se va mirando hacia todos los lados de la vida; pero sin ver claro nada y siempre a la espera de que —el mal hacer de los demás— traiga para ellos aparejado el triunfo.

¡Arreglados estamos en España si el triunfo de un partido tiene que ser el mal hacer las cosas del que con anterioridad a él gobierna!

Ramón FRAN CALVO